

# **LIPOVETSKY, Gilles:** ***La estetización del mundo. Vivir en la época del capitalismo artístico, Anagrama, Barcelona, 2015***

Original recibido: **24.04.2017**  
Fecha de aceptación: **08.05.2017**

Inés Gazulla Cusí

Gilles Lipovetsky y Jean Serroy se unen en esta obra para hacer un análisis conjunto y cuestionarse en qué lugar quedan el arte y la estética en plena era del capitalismo de hiperconsumo. ¿Hay en el arte algún resquicio de resistencia frente al implacable sistema económico que nos rodea? Desde las primeras páginas (p. 7-11) los autores ponen de manifiesto cómo los modos de producción de las sociedades occidentales han dejado de lado el sistema racional contable y han optado por algo mucho más sutil y efectivo a la hora de ganar y conquistar mercados: explotar de manera racional las dimensiones estético-imaginario-emocionales de todo objeto de consumo. Este fenómeno, que recibe el nombre de *capitalismo artístico*, impone el estilo, la belleza y las sensibilidades como estrategias de marca. Y su influjo va desde los envases de alimentos hasta los escaparates, el diseño de *gadgets* de nueva tecnología, la decoración de restaurantes y bares, la publicidad, los espectáculos y un largo etcétera. Se trata de un universo consumista sensible, en el que se produce una hibridación entre lo económico y lo estético, la moda y el arte, el pasatiempo y la cultura. El peso creciente de la sensibilidad en los mercados refleja cómo el arte y la industria dejan de pertenecer a universos paralelos para fusionarse en un modo de producción estética.

En otro orden de cosas, Lipovetsky y Serroy afirman que la actividad estética es inherente a la dimensión social del hombre, en la que toda sociedad se ha dedicado de una forma u otra a la estetización o “artistización” del mundo. En este sentido, los autores realizan un recorrido histórico por las cuatro etapas de estetización del mundo (p. 11-25) para así lograr entender la era transestética contemporánea.

La primera época, de **artistización ritual**, concibe el arte como algo que carece de existencia autónoma. Las creaciones artísticas no están destinadas a ser admiradas por su belleza, sino que tienen un fin ritual, ligado a la organización social y religiosa. Así, el arte informa de la totalidad de la vida: el nacimiento, la muerte, la caza, el matrimonio, la guerra... Todas estas actividades comportan dimensiones estéticas marcadas por normas muy precisas.

A finales de la Edad Media se produce una estetización aristocrática que se prolonga hasta el siglo XVIII. En las altas esferas de la sociedad aparece una preocupación por la estética impulsada por estrategias políticas, de teatralización del poder y de afirmación social. Con el Renacimiento, el arte, la belleza y los valores estéticos adquieren un valor nuevo; es la época de los tratados de buenas maneras, de una arquitectura refinada, del arte de la conversación. Se observa cómo el embellecimiento de las ciudades pasa a ser un objetivo político de primer nivel. Y al mismo tiempo, el artista se emancipa de los gremios, gana autonomía sobre el dominio artístico y crea obras con una misión estética, libre de imperfecciones, proporcionadas y armoniosas.

La estetización moderna del mundo es la tercera gran etapa y llega hasta el siglo XIX. En este período el artista se emancipa de los encargos religiosos y nobiliarios y reivindica una libertad creadora y autónoma. Aparecen las academias, salones y museos, que con sus leyes y valores propios dotan de legitimidad al arte. Sin embargo, justo cuando parece que la creación artística no se pliega ante las exigencias externas aparece un nuevo tipo de dependencia: la sujeción a las leyes del mercado. En consecuencia, se desarrollará un arte comercial que irá orientado a las demandas del público y al éxito inmediato; un arte útil y democrático que se hará presente en los detalles de la vida cotidiana: mobiliario, utensilios de cocina, papeles pintados, carteles, etc. En paralelo, habrá artistas modernos que se apropiarán de todos los elementos de la realidad con fines estéticos; de este modo, aparecerá el derecho de estilizarlo todo, de transformar el mundo en obra de arte con independencia de si es trivial o mediocre.

En contraposición, habrá quienes atribuyan al arte una misión más alta que nunca, otorgándole el poder de hacer conocer y contemplar la esencia misma del mundo. El arte ofrecerá un acceso a lo Absoluto y a lo Sublime y despreciará el dinero y la burguesía. Se liberará de todo objetivo utilitario y solo tendrá como fin a sí misma “el arte por el arte”.

Con la llegada del siglo XX se producirá una estetización masiva ligada a las industrias culturales como el cine, la fotografía y la publicidad, que darán paso a una dinámica de producción y consumo estético a gran escala. Con la sociedad de consumo de masas se impondrá una cultura estética de masas.

Llegados a este punto, Lipovetsky y Serroy afirman con contundencia que después del arte para los dioses, el arte para los príncipes y el arte por el arte, triunfa el arte para el mercado. En la actualidad estamos ante una era transestética (p. 20-29) en la que la belleza abunda por doquier, pero que sin embargo no contribuye a un mundo más virtuoso, justo o feliz. Porque cuanto más se infiltra el arte en la economía, menos cargada está de valores espirituales.

En la era transestética apenas queda rastro de la finalidad ontológica o sentido profundo en el arte. Los autores hablan de la trivialización de la identidad artística (p. 93-95) para poner de manifiesto que el artista ya no intenta plasmar lo Absoluto, el Ser o cualquier elemento de trascendencia, sino que se ha vuelto un mero animador de la vida cultural cuya función es suscitar emociones subjetivas, dejando de lado la dimensión universal. Triunfa la novedad por la novedad y la arbitrariedad individual. Además, el artista ya no es “el otro”, sino que cualquiera puede serlo. La democratización del arte no ha supuesto que los artistas accedan a los círculos elitistas, sino que desaparezca la excepcionalidad artística y se diluya la diferencia entre creador y ciudadano corriente, legitimando así la afirmación artística de cualquiera.

Lejos de adoptar una actitud pesimista, Lipovetsky y Serroy concluyen que la era transestética ni es tan deplorable ni es definitiva, sino que constituye una fase más de la humanidad. Al fin y al cabo, ofrece la posibilidad de convertir el arte en algo accesible para la mayoría. Como alternativa a un modelo de existencia estética que no sea la que propone el mercado, los autores defienden la Escuela, la formación, la cultura humanista clásica. Y por encima de todo, consideran necesario aplicar el imperativo de calidad no solo a la gran cultura, sino también a las artes de masas y a la vida cotidiana.